

 Nacional General -	Tirada: 520.052 Difusión: 401.760 Audiencia: 1.406.160	Sección: - Espacio (Cm_2): 505 Ocupación (%): 85% Valor (€): 18.006,00 Valor Pág. (€): 21.072,00 Página: 103	
	15/03/2009	Imagen: No	

PROUST ENTENDÍA DE MODA



El autor de 'En busca del tiempo perdido', el cronista de la sensibilidad moderna, dejó en sus páginas un tratado del vestir de principios del siglo XX. Y como él, todos los grandes de la literatura moderna. Historia del traje a través de las palabras. Por **Linda Grant**.

Durante muchos años, me ponía nerviosa la idea de leer a Proust. Por más que lo intentaba, nunca pasaba del primer tomo, *Por el camino de Swann*, con sus poéticas descripciones de portadas de iglesias y espinos en flor. Sentía que era un gran fracaso personal el haber caído ante el primer obstáculo como un caballo cojo, una lectora aficionada que tenía esta gran laguna en su vida cultural. Más me valdría haber confesado que nunca había escuchado a Mozart. Lo que nadie me dijo, y es algo que a muchos lectores les gusta mantener en secreto, es que si uno es capaz de contemplar las esculturas de las iglesias el tiempo suficiente, al cabo de un par de cientos de páginas se ve recompensado con algunas de las más maravillosas descripciones de atuendos de la historia de la literatura. Porque, ¿cómo puede una persona culta confesar que el gran placer de Proust reside en los apuntes sobre moda?

El miedo a sus oraciones subordinadas dio paso a la fascinación por sus descripciones de un vestido de fiesta gris de crepé de China o un chal chino para estar por casa con llamas rojas y amarillas, como un atardecer encendido. Proust fue el gran cronista del inicio mismo de los comienzos de lo que consideramos la sensibilidad moderna, y escribió sobre aquella época en que empezaban a verse por las calles los primeros coches a motor, los primeros teléfonos y los primeros tobillos. Cuando miró a su alrededor y vio el paso de las modas de temporada, las mangas, las faldas, los dobladillos y los cuellos que subían y bajaban, las mujeres que envejecían y tapaban sus defectos, y la forma en que un vestido pasado de moda recuerda la juventud de una mujer mayor, supo que tenía una de las llaves con las que abrir la puerta del gran tema de su obra: el tiempo. Concretamente, describe el gran cambio que se produjo en las vestimentas desde la inmolación victoriana >

	Tirada: 520.052	Sección: -	
	Difusión: 401.760	Espacio (Cm_2): 543	
Nacional	Audiencia: 1.406.160	Ocupación (%): 91%	
General		Valor (€): 16.133,22	
-	15/03/2009	Valor Pág. (€): 17.560,00	
		Página: 104	Imagen: No

lectura



HAMLET

Fortuny diseñó vestidos como éste, en seda plateada. La divina Greta Garbo lució modelos parecidos en *La mujer ligera*, adaptación de la novela *El sombrero verde*. John Barrymore interpretó un Hamlet vestido de negro.

> del cuerpo, cuando el pequeño óvalo de la cara asomaba entre pelucas de crin de caballo y gargantillas de perlas, hasta la libertad en la que se adivinaba a Chanel: "De todos los vestidos para estar en casa y salir que tenía Madame de Guermantes", escribe, "los que más parecían responder a una intención definida, y estar dotados de una especial importancia, eran los confeccionados por Fortuny y Madrazo a partir de antiguos modelos venecianos".

Una vez que descubrí que Proust escribía continuamente sobre vestidos y cosmética, me sentí libre para volver a los clásicos de la literatura inglesa con los que había crecido, y en ellos encontré que, a partir de Chaucer, en la poesía y la ficción se había hablado muchísimo sobre ropa. ¿Qué vestía Hamlet? Ropa negra. ¿Y la mujer de Bath en su viaje hacia Canterbury? Medias rojas y zapatos nuevos. ¿Y la Clarissa de Samuel Richardson? Una bata de color amarillo pálido con un estampado plateado y dorado de violetas, complementada con unos pendientes de diamantes, zapatos de satén azul con hebillas y guantes de terciopelo negros. ¿Y la Jane Eyre de Brontë? Seda negra y gris perla, a pesar de la insistencia de Rochester en que se vistiera con satén rosa, que a ella le hacía sentirse como una hurí en un serrallo turco. ¿Y Samuel Pepys? Una "fina capa de pelo de camello con botones dorados y un traje de seda que me costaron mucho dinero, y ruego a Dios que me dé una forma de pagarlos".



La historia de la moda se conserva en la literatura, desde el lápiz de ojos negro al que hace referencia con desaprobación el antiguo escritor cristiano Tertuliano de Cartago en el siglo II después de Cristo hasta la novela de 1920 de Michael Arlen *El sombrero verde*, en la que el sombrero campana de una flapper [expresión utilizada en la década de 1920 para referirse a un nuevo tipo de mujeres jóvenes que usaban faldas cortas y no llevaban corsé] simboliza la promiscuidad del mundo de la posguerra, pasando por la descripción de Murasaki Shikibu de las colas de los vestidos con puntadas de hilo de plata en las costuras para que se pareciesen a los cordones y a las hojas de plata incrustados en los abanicos del Japón del siglo X. Los vívidos personajes de Raymond Chandler surgen de sus páginas vestidos con "un basto chaquetón gris con bolas de oro blanco por botones, una camisa marrón, una corbata amarilla, unos pantalones de pinzas de franela gris y

unos zapatos de piel de cocodrilo con unas explosiones de blanco en la puntera... Casi tan discretos como una tarántula sobre un trozo de merengue".

Sorprendentemente, la autora, cuyos personajes están siempre arreglándose para asistir a bailes en los que poder conocer a algún buen partido, se reprime a la hora de contarnos ni una vez lo que llevaban puesto. La Elizabeth Bennet de Jane Austen nunca sale a comprarse un vestido nuevo, a pesar del hecho de que la expresión ir de compras había sido acuñada hacía muy poco y sin duda estaba a la orden del día entre la población de adolescentes habituales de las fiestas a los que conocía Austen. Austen precede a los novelistas de finales del siglo XX en su aversión por la moda, que consideraba una fri-





	Tirada: 520.052	Sección: -	
	Difusión: 401.760	Espacio (Cm_2): 248	
Nacional	Audiencia: 1.406.160	Ocupación (%): 41%	
-	15/03/2009	Valor (€): 8.827,25	
		Valor Pág. (€): 21.072,00	
		Página: 105	Imagen: No

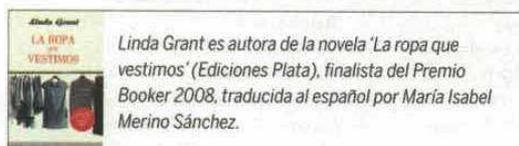
volidad. Los primeros modernistas estaban fascinados por los grandes cambios en el vestir que caracterizaron el final del siglo XIX, el cambio decisivo en el estilo que condujo a la ropa funcional. Los volantes y las gargantillas de perlas murieron con la Primera Guerra Mundial. En *Los malditos y los bellos*, F. Scott Fitzgerald nos presenta a Gloria Patch en 1913, con 18 años, vestida con una falda de tubo y en el hotel Plaza. Su futuro marido, Anthony, se queda embriagado con su bronceado, ya que es la primera vez que ve una piel de mujer que no es blanca. En los años veinte, con sus vidas rotas y Anthony convertido en alcohólico, uno de los pasajeros que viaja con ella a bordo de un barco la divisa, vestida con un abrigo de marta rusa que parece "teñido y sucio".

Algunos de los escritos más serios sobre la ropa y la relación de las mujeres con ella se encuentran en la obra de Jean Rhys, que para mí es una novelista de categoría mundial olvidada y dejada de lado durante la mayor parte de su vida. Amante de Ford Maddox Ford, escribía sobre el

LA ROPA LE OTORGA A LA GENTE HUMANIDAD, EXPRESA NUESTRA IDENTIDAD Y NOS ENCASILLA EN UNA TRIBU SOCIAL CONCRETA

mundo de las mujeres solas y marginadas, incapaces de ganarse la vida y dependientes de los hombres y, por tanto, enteramente dependientes también de sus armarios. Solas en casa, esperan a que un antiguo novio les envíe un cheque para poder salir y comprarse un vestido nuevo que les permita sentarse en un café y conocer a un hombre que pueda darles otro cheque en el futuro. Es una visión intolerable de la pasividad y la dependencia femeninas, pero es despiadadamente exacta para su época. Rhys comprendía que las mujeres eran juzgadas por su apariencia y que la ropa era importante. La alternativa era demasiado terrible para plantársela.

La ropa le otorga a la gente humanidad, nos permite expresar nuestra identidad y nos encasilla en una tribu social y económica concreta. A la ficción contemporánea le incomoda describir lo que la gente viste, tal vez por miedo a que la moda sea un tema demasiado trivial, por lo que es un terreno monopolizado por la literatura para mujeres urbanas, por *El diario de Bridget Jones* y por *Loca por las compras*. En el modernismo muscular de Hemingway, las excentricidades rurales de Annie Proulx o la mordacidad iconoclasta de Michel Houellebecq no hay sitio para los atuendos. Pero en Proust sí había sitio. Él sabía que la ropa es algo serio; después de todo, nunca salía a la calle sin ver que todo el mundo la llevaba puesta. ●



Linda Grant es autora de la novela 'La ropa que vestimos' (Ediciones Plata), finalista del Premio Booker 2008, traducida al español por María Isabel Merino Sánchez.